

po, se mezcla lo menos posible en sus negocios variables, y aun cuando no debe de apartarse de ellos por completo, puesto que existe en medio de las sociedades humanas para reunir las en una unidad superior, aspira ante todo á la salvacion de las almas en un mundo sobrenatural y á la reintegracion de la humanidad en Jesucristo en la vida divina. Por su principio y por su objeto, el Cristianismo está sobre el mundo, y no se deja encadenar por sus formas é ideas; la palabra de Jesucristo jamás puede ser detenida en la tierra, y la Iglesia que la anuncia, superior á todos los Gobiernos humanos, los acepta todos si aceptan ellos la ley divina. Para un cristiano, para un católico no hay en verdad mas que una cosa necesaria, ser fiel al Evangelio y obedecer á la Iglesia; todo lo demás le es indiferente, y sea cual fuere el país á que pertenezca, ya viva bajo un Gobierno monárquico, aristocrático ó republicano, si se conduce como un verdadero cristiano, será siempre y en todas partes un buen ciudadano.



CAPÍTULO VIII.

REFUTACION DE VARIAS OBJECIONES CONTRA LA REVELACION.

Aunque de paso, nos proponemos refutar tres objeciones contra la revelacion que se oyen repetir con mucha frecuencia por el mundo, tomadas de algunos escritores célebres, enemigos de lo maravilloso, que creen engrandecer al hombre reduciéndole á las solas proporciones y á los solos recursos de su naturaleza. No contestaremos á otras, porque además de que casi todas pueden refundirse en ellas, son las que mas en boga están entre los incrédulos, los escépticos y los indiferentes en materia de religion.

La primera, que se encuentra en el *Emilio* de Juan Jacobo Rousseau, puede formularse en estos términos: Si la revelacion es necesaria, por la inferioridad ó el oscurecimiento de la razon humana; ¿por qué Dios no se revela á todos los hombres?

Á esto contestaremos, primero, que Dios se reveló en un principio al género humano, y habló á los hombres en la familia primitiva. Su palabra se perpetuó luego por medio de la tradicion, y siempre que esta tradicion se ha alterado, se ha pervertido, la Providencia la ha purificado por medio de nuevas manifestaciones. Cuando el hilo de la tradicion ha estado á punto de romperse, ha sido siempre reanudado, para que al través de los siglos hubiese como un conductor eléctrico que transmitiera á todos los pueblos algo de la verdad y de la virtud del cielo, donde tiene su punto de partida. La revelacion primitiva se conservó, se propagó por una tradicion pura ó alterada; á ella sucedió la revelacion patriarcal, y al separarse los pueblos despues de la obra insensata de Babel, cada uno de ellos, segun nos dice la Escritura, llevó consigo no solo la lengua primera que habia recibido, sino las lenguas nuevas formadas por la confusion de todas, y con ellas las ideas que constituyen

el fondo intelectual y moral en un pueblo, pues una nacion no puede subsistir sin un fondo comun de ideas, de sentimientos y de creencias.

Cada pueblo se llevó de Babel su tradicion, y por lo tanto es inexacto decir que Dios no se reveló á todo el género humano; si despues de esto la tradicion se corrompió, si los hombres la alteraron á causa de sus ilusiones, de sus pasiones y de sus intereses, ¿ha de ser preciso que Dios haga un milagro á cada momento para toda alteracion de la tradicion, para toda corrupcion de la revelacion primitiva? Esto no puede exigirse, pues de otro modo se llegaria á decir como Rousseau: Si Dios se reveló á los Patriarcas, á los Profetas y á los Apóstoles, ¿por qué no se me revela á mí? lo cual equivale á decir: El genio es un don celeste que ilumina la inteligencia humana con una luz superior, y la hace capaz de distinguir verdades que los espíritus ordinarios no ven: ó tambien el heroismo, la virtud perfecta proceden de lo alto, de un auxilio del cielo; son una fuerza mas que humana comunicada á una voluntad á la que da el poder de hacerse superior á sus instintos, á sus pasiones, á sus intereses, á todas las afecciones de la tierra, á sí misma, y de realizar de este modo grandes hechos con peligro de la vida y con completa abnegacion de sí propia. ¿Por qué, pues, no he de ser yo un hombre de genio, por qué no he de ser un héroe? ¡Ay! en nuestra vanidad, todos nosotros estamos inclinados, si no á hablar, á pensar así; quisiéramos algo extraordinario, sobrenatural, que sublimase nuestra existencia, y por esto nos mostramos tan ávidos de las cosas maravillosas, y sobre todo de desempeñar en ellas un papel. Si lee libros de medicina quien no es médico, cree casi siempre estar atacado de la enfermedad descrita, y soio un médico experimentado puede preservarse de semejantes ilusiones; al leer á cierta edad novelas donde se despliegan á capricho del autor grandes cualidades y heróicas virtudes, tratamos de reconocernos en aquellas pinturas, nos palpamos, por decirlo así, y con facilidad nos imaginamos muy próximos á las perfecciones cuya brillante imágen admiramos: asimismo, si estudiamos las ciencias ó las letras, nos creemos pronto tan capaces como los hombres mas emi-

nentes, y entonces nos preguntamos: ¿Por qué no seré yo un gran literato, un sábio ilustre? ¿Por qué no he de poseer tan relevantes dotes? ¿Por qué han de tocar á otros y no á mí? Á esto solo puede contestarse que Dios dispensa sus dones como le place, y si, para instruccion del género humano ó de un pueblo, ha tenido á bien revelarse á ciertas personas, á los Patriarcas, á los Profetas, á los Apóstoles, ¿quién tendrá derecho para reconvenirle por ello? ¿quién podrá decirle: «No creo porque no he oido, porque no he visto, porque Dios no se ha revelado á mí, porque no se ha manifestado á mis sentidos? Si consiente en llamarme «al Sínai como á Moisés, y en hablarme allí entre rayos y truenos, entonces quizás creeré.» No, no creerias, verias, y por consiguiente no tendrias la fe ni el mérito de ella; lo que se ve no se cree.

Tan singular modo de raciocinar se funda en la falsa opinion de que no puede abrigarse una conviccion cierta ni tener una fe bien sentada sino de aquello que se ha oido ó visto por sí mismo. Lo contrario es la verdad, y el mismo Jesucristo nos lo dice: «Porque me has visto, Tomás, has creído: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.» Tomás continuó siendo apóstol á pesar de su incredulidad, pero es seguro que en aquella circunstancia no mostró una disposicion análoga al alto destino para que Dios le reservaba. San Agustin dice, que ha de ser excusado, porque su incredulidad nos ha suministrado de la resurreccion del Salvador una prueba mas eficaz, ó á lo menos mas sensible, que la fe de los demás Apóstoles, pues Nuestro Señor, en su bondad, se dignó permitir que tocaran su cuerpo las manos del incrédulo. «Mete aquí tu dedo, le dijo, y mira mis manos, y da acá tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo sino fiel.» El discípulo exclamó entonces: «¡Señor mio y Dios mio!» y Jesucristo para manifestar la excelencia de la fe, le contestó: «Porque me has visto, Tomás, has creído: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.» (*Joan. xx, 27*).

Sin embargo, no ha de creerse jamás sin motivo, sin razon; es preciso que se nos pruebe que la palabra propuesta á nuestra fe es, en efecto, la palabra de Dios, inmediata-

mente revelada ó transmitida intacta por la tradicion. Si se nos da esa prueba, si se demuestra la existencia, la autenticidad, la verdad, la sinceridad, la divinidad de esa palabra, entonces queda sentado el principio de la fe, y se admite fácilmente cuanto esa palabra enseña y promete, puesto que se cree que Dios ha hablado y que la doctrina transmitida procede de él en realidad. ¿Por qué pedir, pues, un milagro, como lo es toda revelacion? El mundo no marcha á fuerza de milagros, sino que es gobernado y conservado por las leyes del órden natural, y no obstante, como Dios se dignó dar á la humanidad un destino superior á su naturaleza llamándola á participar de la gloria y de la felicidad de su propia vida, empleó desde el principio al través de los siglos, por los Patriarcas, por Moisés, por los Profetas, y últimamente por Jesucristo, medios sobrehumanos ó relevantes, para hacerle conocer su sublime destino y darle fuerzas para cumplirlo.

La segunda objecion es esta: Si la razon no ha estado jamás sola en el mundo, no fue su oscurecimiento la que hizo la revelacion necesaria.

Á esto puede contestarse: Es un hecho que Dios se reveló en un principio, y revelóse, por una parte, á causa de la debilidad de la razon y de las inclinaciones carnales del hombre; y por otra, en vista del fin sobrenatural que Dios en su bondad le ha dado, á saber, la participacion de su propia vida. Sin embargo, si por hipótesis queremos considerar las cosas de un modo puramente racional, podemos decir: Dios crió al hombre finito y limitado, y dióle libertad para hacer el bien y evitar el mal; por consiguiente, podia abandonarle en medio del mundo con las solas condiciones de su naturaleza, y el hombre por su parte podia desarrollarse humanamente, fundar la vida social, y llegar á cierta perfeccion natural, en la que habria encontrado la ciencia, la moralidad y la dicha de que la humanidad es capaz, en razon de sus facultades y de su posicion. Semejante hipótesis es admisible, pero hay un inconveniente, ó cuando menos una dificultad: ofrécese siempre á pesar nuestro la fatal cuestion del origen del desarrollo humano. Queriendo explicar el hecho racionalmente, es decir, prescindiendo del

Génesis y de las tradiciones sagradas, ¿en qué estado ha de suponerse que crió Dios al hombre? ¿Le crió niño? ¿Le crió adulto? No parece probable que le criara niño, puesto que el hombre tiene entre todos los animales la desventaja de necesitar en sus primeros años un auxilio extraño, no solo para su existencia física, sino tambien para su desarrollo intelectual y moral; en una palabra, no puede bastarse á sí mismo. Si le hizo adulto, nos encontramos con otra dificultad, y consiste en que un hombre adulto no es solamente un mancebo de cinco piés y seis pulgadas, con órganos bien formados y un cuerpo vigoroso; ha de ser tambien adulto por la inteligencia, por la voluntad, por la libertad; luego, si racionalmente se afirma que Dios creó al hombre adulto, esto es, que el hombre salió ya formado de sus manos, ha de admitirse la plenitud de su desarrollo intelectual y morallo mismo que la de su desarrollo físico. Tenemos, pues, un milagro, no hay que darle vueltas; ese recién nacido poseerá una ciencia completa, puesto que tendrá su razon desarrollada; poseerá una moral, puesto que tendrá una libertad ilustrada y una voluntad capaz de virtud. ¿De dónde habrá recibido todo eso? Véase, pues, cuántos abismos se abren á nuestros piés! al separarse del Génesis, al rechazar la doctrina sagrada no se logra mas que cambiar las dificultades.

Pero lo que mas ilustra la cuestion, lo que la razon natural no puede saber por sí misma, es que el hombre no ha sido criado para un fin puramente humano, para una felicidad exclusivamente terrenal, y aquí se ofrece su elevado destino y cuanto ha hecho Dios por él en su misericordia y amor. Dios crió al hombre á su imágen y semejanza; quiso que la imágen se pareciese en lo posible al modelo, y como le crió por amor, y el amor tiende siempre á la union, quiso tambien unirse al hombre tan íntimamente como fuese dable, y por consiguiente hacerle partícipe de su propia vida. Esto cambia el aspecto de la cuestion, pues el fin sobrenatural de la existencia humana supone medios análogos. El hombre con estos medios no está ya reducido á las solas condiciones de su naturaleza, á una luz y á un poder naturales; hácese capaz mas allá de esas condiciones por la gracia su-

perabundante que le pone en condicion de comunicar directamente con Dios, de unirse íntimamente á él, y de vivir con su vida participando de su luz, de su ciencia, de su poder, de su gloria, de su felicidad. Esto explica la conveniencia de la revelacion primitiva, que la Escritura y la tradicion sagrada afirman como un hecho.

Dícese empero: Si la razon jamás ha estado sola, puesto que la revelacion ha existido siempre, no será el oscurecimiento de aquella lo que ha hecho necesaria la revelacion. Sin duda que no; no ha sido su oscurecimiento en un principio, sino su debilidad, su imperfeccion. El hombre está compuesto de un alma y de un cuerpo; el alma es hecha á imágen de Dios, pero el cuerpo está sacado de la tierra, y por lo tanto es imposible que de esa tierra que envuelve al hombre, de ese barro á que está adherida su alma, no nazcan influencias, es imposible que no sienta instintos terrenos, apetitos carnales. Su razon unida á un cuerpo animal, á una existencia material, estará expuesta á las instigaciones, á los impulsos, á las tendencias de la carne, y como Dios, al componer al hombre de dos sustancias, le hizo un ser intermediario entre el espíritu y la materia, el hombre participa por necesidad de las virtudes y cualidades del mundo inteligente, al propio tiempo que de las fuerzas y debilidades del mundo material. Nada hay aquí arbitrario; es la fuerza de las cosas ó la consecuencia necesaria de la constitucion humana. Era de temer, pues, que la naturaleza material triunfara de la naturaleza espiritual; la razon podia ser arrastrada hácia las cosas inferiores, y fuese en efecto á pesar de la revelacion divina. ¿Qué prueba esto? Que el hombre era débil por su parte carnal y por su razon limitada, que su espíritu podia dejarse dominar por su cuerpo, que su voluntad libre, que conocia la ley de Dios, podia no obstante preferir á ella su antojo propio, y ponerse en oposicion con el mandamiento divino, y así sucedió en efecto. Si se pregunta cómo pudo suceder esto, contestaré sencillamente que el hombre es libre. La libertad, que es la explicacion del estado presente de la humanidad, es con mucha frecuencia olvidada; Dios, que la habia dado al hombre, no podia retirársela, ni impedir sus consecuencias,

pues Dios no retira sus dones, y consintiendo en los resultados posibles de lo que habia dado, consintió por consiguiente en el mal que de ello podia nacer.

En efecto, la carne triunfó del espíritu; el cuerpo dominó á la razon que debia guiarle; el hombre, convertido en esclavo de sus sentidos, se degradó, y el desórden se introdujo en su existencia. Desde entonces no bastó la revelacion primitiva, que ha debido de ser mas exterior, mas positiva: á medida que el hombre se humilló, se sensualizó, la misericordia divina le persiguió, digámoslo así, haciéndose proporcionada á su debilidad, y la palabra de Dios en sus manifestaciones sucesivas se formuló en un modo mas sensible, para volver al hombre degenerado á las vias providenciales. De ahí las diferentes fases de la revelacion.

Llegamos ya á la tercera objecion que dice así: Si la revelacion es necesaria, ¿por qué existen tantos hombres sin conocerla? ¿Cómo podrá evitar Dios el cargo de parcialidad?

Esta es una cuestion muy grave, y conduce en último resultado á preguntar en qué estado se encuentran respecto de Dios aquellos que no conocen la revelacion. Es incontestable que muchos pueblos la ignoran con culpa ó sin ella; muchos pueblos se encuentran aun sentados á la sombra de la muerte, segun expresion de la Escritura, y en ellos no ha penetrado la palabra revelada. La objecion, empero, ha sido prevista por la palabra sagrada, que dice formalmente haber de ser anunciado el Evangelio por toda la tierra, y predicado á todas las criaturas. «In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.» Su palabra llegará hasta los confines del mundo. Escrito está tambien que el mundo no acabará hasta que el Evangelio haya sido anunciado á todas las naciones, lo cual no significa que todos los hombres lo reciban; luego no puede acusarse á Dios de parcialidad, puesto que la palabra divina ha de ser anunciada á todos; pero hasta que todos los pueblos la hayan oido, habrá muchos individuos arrebatados por la muerte. ¿Qué suerte será la suya? ó en otros términos, ¿en qué estado se hallarán respecto de Dios los que habrán fallecido sin conocer su revelacion?

Aquellos que la han oído y rechazado se condenan ellos mismos, esto es evidente; pero veamos lo que sucederá á los hombres que la habrán ignorado invenciblemente, es decir, que no pudieron conocerla, y á los que la habrán ignorado venciblemente, es decir, á pesar de tener medios para conocerla. Los hombres que se hallen en el último caso son culpables si en realidad pudieron conocerla y la rechazaron, ó no buscaron los medios de instruirse en ella; aquellos que se encuentren en el primero son excusables, puesto que su error ha sido insuperable. Tampoco en este punto puede acusarse á Dios de parcialidad; á cada uno se le pedirá en razon de lo que habrá recibido; y el texto sagrado afirma, que Dios no hace acepcion de personas, y que el alma sincera que ama el bien y la verdad sobre todo, y que está pronta á sacrificar sus intereses, sus afectos, hasta su vida por la verdad y el bien reconocidos, es siempre agradable á sus ojos. Puede decirse que aquel hombre posee un cristianismo anticipado, y varios Padres de la Iglesia, san Clemente de Alejandria, san Justino y el mismo san Agustin, se inclinan á creer que los varones mas virtuosos entre los gentiles, en lo que podian serlo en semejante condicion, eran como cristianos en potencialidad. Se ha dicho que Platon fue el profeta de la verdad eterna para el gentilismo, así como los Profetas hebreos lo fueron para el pueblo judío; y san Clemente de Alejandria, al explicar que Jesucristo es el maestro de la humanidad, porque es la luz que ilumina al hombre que nace al mundo, y el divino Verbo que lo crió todo y que todo lo explica, añade: «Siempre que un alma ha sido iluminada de un modo ú otro por esa luz del cielo, que la ha penetrado, y que su voluntad, siguiendo las buenas inspiraciones que de ella dimanah, se ha vuelto hácia el origen de la misma luz, procurando practicar con toda la sinceridad del corazon el bien que se le ofrecia, la verdad que se le presentaba, aquella alma está ya en relacion con Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida.» Los hombres justos entre los hebreos, aun cuando no pudiesen participar aun de la vida divina, estaban salvados de antemano por su fe en el Mesías futuro; y asimismo si entre los gentiles hubo hombres que por su

fe en la verdad y por su amor al bien tales como los conocian, los deseaban sobre todas las cosas, hasta el punto de sacrificarles sus intereses y su vida, aquellos hombres cumplian naturalmente el primer mandamiento, «Amarás á Dios sobre todas las cosas,» y adoraban al Señor como quiere ser adorado, en espíritu y en verdad. El desinterés ha sido siempre la mejor prueba de amor; quien bien ama se consagra al objeto amado, y puede creerse que aquellas almas escogidas que, aunque gentiles, se consagraron á la causa de la verdad, de la justicia y del bien, fueron salvadas de antemano por su fe y su esperanza en la manifestacion futura de la verdad por Jesucristo, siendo condicion indispensable esa fe que les hacia partícipes de un modo anticipado en los méritos del Verbo hecho carne.